MARÍA TERESA BORRAGÁN DE ALONSO

A la luz de la luna

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa, original

Copyright, by María Teresa Borragán de Alonso, 1918

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

A LA LUZ DE LA LUNA

Esta obra es propiedad de su autora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

La autora se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

———

Droits de representation de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege ét la Hollan de.

———

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA LUZ DE LA LUNA

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa

ORIGINAL DE

MARÍA TERESA BORRAGÁN DE ALONSO

Estrenada con brillante éxito en el TEATRO PRINCIPAL de Palencia, el día 31 de Enero de 1918

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1918

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA	Carmen Navarro.
AURORA	Amparo Montalt.
DOÑA REMEDIOS	Carmen Bustamante.
AURORITA	Concha París.
ANITA	Esperanza Díaz.
LUISA	Josefina Satorres.
LA CONDESA ELENA	Gloria Caire.
JUANA	Mercedes Garcés.
RAMÓN	Antonio Gentil.
DON JESÚS	Vicente Castilla.
EL GENERAL ALFAÑEZ	Pablo Bonell.
UN POLÍTICO	Ernesto Carbó.
UN CAPITÁN	Pedro López Lagar.
EL DUQUE	José Domínguez.
FERNANDO	Joaquín Castillo.
ALFREDO DE MORLAN	Luis Medina.
UN CAMARERO	Pedro López.
UN ORDENANZA	Joaquín Castillo.
DOCTOR	Pablo Bonell.

Los tres primeros actos en Madrid, el último en New-York.—
Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Comedor elegante en casa del General Alfáñez. Al fondo cristalería que comunica con una galería por la que se ven los árboles del jardín. En el fondo del lateral izquierdo, una puerta que se supone comunica con un pasillo por el que llegan los del exterior; a la derecha, en el mismo término, otra que comunica con las restantes habitaciones de la casa. En el centro una mesa sobre la que habrá un juego de ajedrez. Los muebles a capricho.

ESCENA PRIMERA

El GENERAL, el POLITICO y el CAPITAN jugando al ajedrez; DON JESUS que no juega

Gen. (Dirigiéndose al Capitán.) Tiene usted razón: a nosotros mientras vivimos, se nos cubre de falsos oropeles, que en el momento que faltamos no sirven más que para aumentar la penuria de los nuestros.

Pol. (Moviendo una ficha.) Lo que nos pasa a nosotros, General. Cuando estamos en el poder, somos halagados por los amigos, buscados por los enemigos, respetados por las masas; después... ni los unos ni los otros se acuerdan de lo que hicimos en favor o dejamos de hacer en contra.

Jesús ¡La vida es la gran sima del olvido! (Al Político.) Pero a vosotros os importan poco esos olvidos, que no os impiden hacer acopio para cuando os privan del poder.

Pol. (Amostazado.) Señor Esteban...

Jesús Nada, amigo Luis; pasado el Carnaval, no se debe ocultar el disfraz que se empleó; para otra vez te disfrazas de otra manera, y siempre nueva máscara.

Pol. (Mientras todos ríen.) Muy bien. A usted, de no matarle hay que dejarle por imposible.

Cap. Tiene razón el señor Esteban· los políticos están ustedes mejor que nosotros.

Jesús Ninguno vivís contentos... y todos estáis mal porque queréis. El oro es vuestro Dios; vuestra consejera la envidia; vuestros triunfos las derrotas de vuestros semejantes; vuestra distracción favorita, interrumpir la carrera de otros seres que marchan a su fin: y pretender hallar la luz en una humanidad cuyos hombres ciegan unos, porque no vean otros, es tan absurdo como pretender que una serie de humanos ciegos o tuertos, vean los objetos o puedan abarcarlos con la intensidad del que ve sin obstáculo ninguno. ¿Que estáis mal? No os quejéis. Os lo debéis a vosotros mismos.

ESCENA II

DICHOS y MARGARITA, que ha estado detenida en la puerta de la derecha sin que nadie se haya fijado en ella

Marg. (Dirigiéndose a don Jesús.) Colosal, padrino: ni la Biblia. (A los demás.) Les está muy bien empleado. Si no fuera por las píldoras de don Jesús, se indigestarían ustedes con tanta política.

Pol. ¡Qué saben ustedes las mujeres de estas cosas!

Jesús ¡Vaya! La contestación sacramental. Pues lo mismo que los hombres. Lo que se las enseña, con la sola diferencia de que ellas tienen más cordura para ejecutarlo, porque no las ciegan tanto las pasiones. (Pasea.)

Marg. (Riéndose.) Ande, vuelva usted a por otra. (Continúan la partida hablando entre sí mientras Margarita se acerca a don Jesús.) Gracias, padrino. Si tuviéramos muchos que nos defendiesen como usted, estaba ganada nuestra causa.

Jesús Vuestra causa se defiende por sí sola; lo que

la hace falta es justicia; pero esa no la busquéis.

Marg. ¿Por qué?

Jesús (Bajando la voz.) Porque os la han de hacer los hombres; y no saben o no quieren hacerla.

Marg. ¡Si fuesen todos como usted!...

Jesús ¡Como yo! No, querida Margarita; mírales a ellos... (Señalando al grupo que sigue jugando.) Mírame a mí... (Mostrándola su americana raída y pasada de moda.) Ellos, sin grandes esfuerzos, mimados por el hada de la fortuna; yo, en cambio, he recorrido todas las escalas de la sociedad siempre luchando. He sido periodista, político, literato, filósofo; y en mi larga carrera, he llegado a la vejez tan pobre en dinero como rico en pesares y desengaños. Muchos me miran por encima del hombro con necia soberbia; otros me ven con burlona indiferencia, los más me llaman filósofo arruinado... y todos son injustos conmigo, sin pensar que mi pobreza es mi blasón más glorioso.

Marg. (Con cariño.) No se apene usted, padrino: yo le quiero por todos.

Jesús (Que se ha enjugado una lágrima, la coge una mano.) Gracias, querida niña. Tú eres un ángel, mi única alegría; el rayo de sol caritativo que ilumina el ocaso de mi existencia. Yo, que fuí para todos, hoy no tengo a nadie... a nadie más que a ti.

Pol. (Mirándoles con sorna.) ¿Están ustedes representando un drama de amor?

Jesús (Enfadado.) ¿Qué sabes tú de amor, político farsante? Tú entenderás mucho de embudos caciquiles, de luchas político-rastreras, de prometer para no cumplir y de embaucar tontos. Pero ¿de amor?, no entiendes nada. Ese libro divino, se escribió tan alto, que sólo llegó como un borrón hasta los que vivís arrastrándoos.

Gen. ¿Qué mal bicho le ha picado a usted hoy?

Cap. (Bajo.) Este señor, cada día está más loco.

Jesús Me ha picado el de la verdad, ¿tanto os molesta a los que vivís mintiendo?

Marg. Vamos, padrinito, no se enfade usted. Siéntese conmigo. (Se sientan; los otros siguen jugando.) Nosotros no reñimos.

Jesús No, contigo no; tú eres buena. ¿Y tu mamá?

Marg. Salió con Luisa y Anita.

Jesús ¿Cómo no saliste tú? Esperas visita, ¿eh?

Marg. (Bajando la cabeza.) Qué cosas tiene usted.

Jesús ¿Y qué particular tiene, criatura? ¿No es Ramón visita de tu casa?

Marg. Claro que sí.

Jesús Y para ti, algo más.

Marg. ¡Padrino!...

Jesús La verdad, Margarita. ¿Crees que ese hombre puede hacerte feliz?

Marg. (Evadiendo la respuesta, va hacia el Político que pierde la partida.) Está visto que hoy pierde usted en todo.

Pol. Tengo muy mala suerte.

Jesús Demasiado buena para lo que mereces.

Cap. Hoy me sonríe a mí.

Jesús A usted le sonríe siempre. ¡Qué mayor suerte que cobrarse la paga por vagar!

Gen. (Riéndose.) Nada, está visto que hoy hay para todos.

Jesús Hasta para ti, General: tú eres otro...

Pol. Dígalo de una vez.

Jesús «Vale más no meneallo». Que mejor que el confesor sabe el penitente sus culpas.

Gen. Va a conseguir enfadarnos.

Jesús Me importa poco. Si de lo que se trata en la vida es de comer, yo he preferido acostumbrarme a ayunar antes que mendigar vuestros favores. ¿Qué culpa tengo yo de que seáis unos vagos?

Marg. Qué gracioso está usted, padrino.

Jesús Sí, hija, sí; lo malo es que a España le cuestan estas gracias unos cuantos millones. Pregúntaselo a Luis, que estará más enterado.

Marg. ¿De veras, don Luis?

Pol. Cosas de este señor.

Marg. Pero, ¿quién les paga?

Jesús Los que menos favores reciben.

Marg. Pues están frescos los pobres.

Jesús Y tan frescos; como que les van a dejar hasta sin pluma. (Ríen.)

Ord. (Por la izquierda.) Mi General, esta carta para usted.

Gen. A ver. (La coge y lee.)

Marg. (Bajo a don Jesús.) ¡Qué ganas tiene usted de hacerles rabiar!

Jesús Déjales, que harto hacen desesperar ellos.

Gen. (Doblando la carta.) Dí que está bien.

Cap. Señores, me retiro.

Pol. Y yo también, que ya es tarde.

Jesús Pues entonces nos retiramos todos.

Marg. ¿Usted también?

Jesús Sí, hija, sí.

(Se dirigen todos a la puerta de la izquierda acompañados del General y Margarita.)

Marg. (Dándole la mano.) Adiós. Y no riñan ustedes en la escalera, déjenlo para mañana.

(Salen acompañados por el General.)

ESCENA III

MARGARITA, luego el GENERAL

Marg. (Se dirige a la mesa, mira a la puerta, y lee furtivamente la carta que ha tenido su padre. Queda pensativa.) ¡Pobre papá! ¿De dónde va a sacar dos mil pesetas para pagar a este señor? (Con enojo.) ¡Maldita curiosidad! Hay cosas que es mejor no saberlas. (Deja la carta conforme estaba.) Y mi mamá y mis hermanas en el teatro. Está visto que cada casa es un misterio. (Queda abatida.)

Gen. (Entra pensativo y recoge la carta.) ¿Y tus hermanas?

Marg. Salieron de paseo con mamá.

Gen. ¿Cómo no esperaron a cenar? Nada, en esta casa cada uno hace lo que le parece, y venga el pleito por donde quiera. (Se sienta malhumorado.) Dichosas mujeres; parece que gozan con desesperarnos.

Marg. (Acercándose a su padre cariñosa.) No te enfades, papá. Quizá se hayan encontrado con alguna amiga y las habrá entretenido.

Gen. (Furioso.) Que la hubiesen dejado: estoy de amigas y de todo hasta la coronilla.

Marg. (Acariciándole.) Vamos, papá, no tengas mal genio.

Gen. (Vencido.) Pero, hija mía, ¿te parece a ti que es posible esta vida tan desordenada? El día que yo falte, ¿qué va a ser de vosotros?

Marg. ¡Bah! En esas cosas no se piensa.

Gen. Sí, hija mía; en el porvenir es en lo que más

debe pensar un padre. El vuestro es mi negro fantasma, mi pesadilla...
(Se oye hablar en el pasillo.)

ESCENA IV

DICHOS, ANITA y RAMON

Anita (Por el pasillo.) Ven, Ramón; aquí deben estar papá y Margarita. (Asomándose a la puerta.) Sí, aquí están. (Entran.) Buenas noches, papá. Hola, Margarita.

Ramón (Dando la mano al General.) ¿Cómo lo ha pasado?

Gen. Bien, ¿y tú, Ramón? ¿Y tu padre?

Ramón Está bien.

Marg. (Bajo a su hermana.) Desnudaos pronto, que está papá enfadado.

Anita ¿Cuándo es menos? ¡Jesús! ¡Qué señor más raro.

Ramón ¿Qué tal, Margot?

Marg. Bien, ¿y tú?...

Ramón (Bajo.) Yo tan desesperado como contento.

Marg. (Bajo.) ¿Cómo no has venido estos días?

Ramón Porque no he podido. (Al General, que ha quedado pensativo.) ¿Está usted enfermo?

Gen. No me siento bien; voy a acostarme en seguida.

Ramón Pues no me ha dicho nada doña Remedios, eso que hemos estado juntos en el teatro... (Mientras el General levanta la cabeza extrañado, Margarita le da un fuerte tirón de la americana y Anita le mira furiosa.) Digo, en el paseo.

Gen. ¡Ah!... En el paseo. (Levantándose.) Ramón, con tu permiso me voy a acostar.

Ramón Que se mejore usted.

Gen. Gracias. (Sale.)

ESCENA V

DICHOS, menos EL GENERAL; luego MARGARITA y RAMON, solos

Anita (De malhumor.) ¿Pero estás tonto? Pues, hijo, se puede tener callado algo contigo.

Ramón Qué sabía yo; me hubiéseis advertido antes.

Marg. Tienes razón; tú no ibas a adivinarlo.

Anita Si no saltas tú, vieja cursi, no estás conforme; hay cosas que no necesitan advertencia.

Marg. Quita de ahí, desesperada. No es extraño que se aburra para con vuestro genio.

Anita Adiós la gatita mansa. ¿Sabes lo que estoy pensando? Que nosotras hacemos lo que nos da la gana. (Sale corriendo.)

Marg. (Sonriendo.) A esta niña le faltan cuatro sentidos y medio.

Ramón Los que a ti te sobran. No parecéis hermanas.

Marg. Deja que llegue a mis años.

Ramón No, Margot; es que tú has nacido buena y lo serás siempre para orgullo tuyo y felicidad mía.

Marg. ¡Adulador!... Dí, ¿cómo es eso que has dicho de desesperado y contento?

Ramón (Dándose una palmada en la frente.) ¡Ah!... ¿Pero no sabes?

Marg. ¿Qué he de saber? Yo no entiendo de contradicciones.

Ramón Es una cosa que no te va a hacer mucha gracia. Me voy con el duque de Nalin que marcha de embajador a Italia.

Marg. (Extrañada.) ¿De veras?

Ramón Como te lo digo.

Marg. ¡Pues sí que es graciosa la noticia!

Ramón ¿No quieres?

Marg. (Tras breve pausa.) Lo siento, Ramón; pero no seré yo la que ponga obstáculos en tu carrera. Te quiero demasiado, y a mi corazón le es más grato vivir de sacrificios que alimentarse de egoísmos.

Ramón (Cogiéndola las manos.) ¡Qué buena eres, Margot! Eso, eso debe ser la mujer: Verónica abnegada que enjugue nuestro sudor y nuestras lágrimas, ayudándonos a ascender la dolorosa cumbre de la vida, y no piedra menuda, miserable obstáculo que quiera interrumpir nuestros destinos. Luz que guíe, no sombra que ciegue, porque entonces no sería redención, sería retroceso.

Marg. Ramón, muchas veces la fantasía ciega al hombre que, insensato, se aparta de su camino.

Ramón No; la sigue... la sigue en pos del ideal que

forja. Ese ideal es su anhelo, su vida. ¿Por qué pretender encadenarla destruyendo una vida que no sería vida sin ideales ni ilusiones? Ven, Margot... (La lleva de la mano hacia la cristalería del foro.)

Criada (Que se supone atraviesa el pasillo, apaga la luz.) Todas las luces encendidas, pues ni que hubiera fiesta.

(Las claridades lunáticas inundan la escena.)

Ramón Mira... mira qué noche más divina para fingir ideales, para forjar quimeras. ¿Te gusta la luna?

Marg. Sí... (Dándose cuenta de que están a oscuras.) Pero ¿qué es esto? (Intenta ir a encender.)

Ramón (Deteniéndola.) ¿Qué temes? Déjame que te vea así, bañada por esa luz fantástica. Ven... (Andan pausadamente hasta llegar a la cristalería.) Ven a contemplar cómo duerme el mundo acariciado por los besos de Diana su sueño misterioso. Mira, la tierra parece el remedo de una tumba. Se diría que la vida está pobloda de muertos, y, sin embargo, en el sacro silencio de la noche augusta, yo siento el germinar de la humanidad estremecida entre los brazos del amor. Siento el alentar del odio, afilando en los yunques de la envidia sus garras mortíferas; percibo el vago aleteo de las almas siempre en lucha, y muchas veces, al vagar por las sombras, pienso que también las sombras son multitudes ansiosas de luz.

Marg. ¡¡¡Ramón!!!...

Ramón Mi vida... ¡Te quiero!

Marg. No sé; también tu vida es una sombra.

Ramón Que ansía la luz de tus ojos, que vive para ti y que sólo por ti ama a la vida. (Breve pausa.) ¡Ah! Se me olvidaba. Anoche sentí el cosquilleo de las musas y escribí unos versos.

Marg. ¡Enséñamelos, anda!

Ramón (Después de registrarse los bolsillos.) Pues se me han olvidado.

Marg. ¿Son para mí?

Ramón ¿Para quién podía yo escribir versos no siendo para ti?

Marg. ¡Ay qué gracia! ¿También eres poeta?

Ramón Sí; yo lo soy todo. Mi espíritu inquieto no se satisface con nada; siempre ansioso de

placer, de emociones intensas que le aparten de la prosaica calma cotidiana. Yo quisiera arrancar a la ciencia sus misterios, sus secretos a las artes, la realidad al mundo, y en un momento de verdad suprema vivir infinidad de siglos. Quisiera sondear los abismos... y penetrar en ese infinito contra el que se estrella la fuerza humana...

Marg. (Interrumpiéndole.) Calla, por Dios; se dijera al oirte que estás loco.

Ramón Sí, Margot; loco por ti.

Marg. Pero ¿cuándo te vas?

Ramón Dentro de unos quince días.

Marg. ¿Lo sientes?

Ramón Por separarme de ti; por lo demás, no.

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA REMEDIOS, que enciende según entra

Rem. (Se asusta.) ¡Jesús!

Ramón (Mientras Margot enrojece.) ¿Se ha asustado usted?

Rem. Vaya una gracia.

Marg. Mamá, apagó Juana en este mismo momento.

Rem. ¿Y no sabes tú encender?

Marg. Pero, mamá...

Ramón (Serio.) Señora...

Rem. (Sentándose.) Vamos, déjeme en paz; me ha dado un susto.

Ramón Lo siento mucho. Olvídelo usted, y hasta mañana que vuelva a darle otro.

Marg. (Aparte.) ¿Te vas?

Ramón Sí, que está tu mamá de malhumor.

Rem. Darme otro, ¿eh? Pierda usted cuidado que será el último.

Ramón Va usted a ser una suegra deplorable.

Rem. Pues a tiempo está, hijo.

Ramón Ya lo consultaré con la almohada. (Le da la mano.) Que descanse.

Rem. Adiós.

Marg. (Le acompaña hasta la puerta, mientras su madre queda pensativa.) Adiós, Ramón, y no dejes de venir mañana, ¿eh?

Ramón Sí, vendré por la tarde. (Bajo.) Adiós, cielo.
(Margarita permanece en la puerta hasta que se supone ha desaparecido.)

ESCENA VII.

DICHAS, menos RAMON, luego ANITA

Marg. (Se acerca a su madre.) Pero, mamá, ¿qué te pasa?

Rem. Nada; que tu padre se ha propuesto desesperarme; no quiere que vayamos al teatro, ni al paseo, ni a reunión ninguna. A este paso va a hacer de casa un convento de clausura.

Marg. (Sentándose junto a ella.) ¿Y qué mejor convento que la casa propia? Créeme que os evitaríais muchos disgustos.

Rem. (Interrumpiéndola furiosa.) Bueno, déjame en paz. No sé por qué te digo nada; siempre has de quitarme la razón.
(Anita llega por la izquierda y se detiene en la puerta.)

Marg. (Apenada.) ¡Por Dios, mamá!...

Rem. (Sin hacerla caso.) Claro, como tú ya tienes novio... Pues no creas que Ramón entra en casa a gusto de tu padre.

Marg. Sus razones tendrá.

Rem. Dice que es demasiado rico. Esa no es razón para no querer a un hombre.

Marg. Pero lo es muchas veces para entretener a una mujer y no casarse con ella porque no tiene fortuna.

Rem. ¿También en eso tienes razón?

Marg. Quién sabe, mamá, quién sabe; los hombres...

Anita. (Soltando la carcajada.) Esta chica cada día es más tonta. No la hagas caso, mamá. Se está contagiando con las locuras de su padrino.
(Se acerca a la mesa y se pone de codos en ella junto a su madre.) ¿Dí, mamá, qué vestido vas a hacerme para la boda de Carmen?

Rem. Déjame ahora de trapos.

Anita (Zalamera.) Anda, mamita, dímelo.

Rem. (Vencida por las súplicas.) ¿Cómo le quieres?
(Discuten sobre la forma y el color.)

Marg. (Tras una mirada de conmiseración se separa de ellas.) ¡Pobre madre! Víctima de las conveniencias sociales y del capricho de una niña... Vosotras locas por unos trapos miserables, y mi padre enfermo porque no puede soportar vuestras locuras... ¡Dios mío!... (Oculta la cabeza entre las manos llorando. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

DOÑA REMEDIOS y MARGARITA, que cose con afán, mientras su madre está sentada, con los codos sobre la mesa; la mira y sigue cosiendo

Marg. (Con amarga desesperación.) ¡Siempre lo mismo! Pero, mamá, por Dios, ¿es que te has propuesto quitarte la vida?

Rem. (Suspirando.) ¡La vida!... ¿Para qué la quiero si es carga insoportable que me abruma?

Marg. No blasfemes, mamá; la quieres para que tus hijas tengan madre.

Rem. ¡Madre! Santa palabra, cuyos sublimes deberes muchas no sabemos cumplir.

Marg. ¿De qué tienes tú que arrepentirte?

Rem. De toda una vida de trivial indiferencia, de culpable olvido, cuyas consecuencias son hoy mi mayor desdicha.

Marg. Olvídalo, mamá. Piensa que fué un mal sueño del que no merece recuerdo más que un hombre noble y bueno que cruzó por él siendo amante esposo y cariñoso padre; piensa en él como se piensa en los santos y en los héroes, y por amor al que tanto nos quiso vive para nosotras... no te desesperes.

Rem. Pero, hija mía, si es imposible.

Marg. ¿Dónde está ese imposible?

Rem. En que nuestra situación es apuradísima. Al casero le debemos siete meses, y ayer me mandó una carta diciendo que no podía esperar más. A la modista no sé cuánto. ¿Cómo nos vamos a arreglar no teniendo nada? Ya ves que es imposible.

Marg. Todo es posible cuando se quiere lo que se puede. Lo único imposible es vivir en esta casa y sostener un lujo que no debemos.

Rem. ¿Y qué hemos de hacer?

Marg. Vivir en una casita más humilde, sin lujos ni amistades que no podamos soportar. Yo puedo irme de institutriz a cualquier sitio, a Luisa la metemos en el colegio y Anita y tú...

Rem. (Interrumpiéndola.) Calla, por Dios, calla.

Marg. Es de la única manera que podemos pagar algo de lo que debemos; pero si no quieres trabajaremos en casa lo que podamos, que no es ninguna deshonra.

Rem. ¿Trabajar mis hijas?... (Se cubre el rostro con las manos.) ¡Dios mío, Dios mío!...

Marg. (Se acerca a ella y la acaricia.) Vamos, mamá; no seas tonta. ¿Qué mal hay en que trabajen tus hijas? Si en la vida no hay cosa más santa y más noble que el trabajo. Vé ahí la única falta que yo imputo a los padres por ricos que sean: El que no enseñen a trabajar a sus hijos. ¡Da tantas vueltas la vida!...

Rem. (Cogiendo la cabeza de su hija.) Qué buena eres, Margarita. (La besa con locura.) ¡Hija, hija de mi alma; eres mi consuelo, mi orgullo! (Lloran juntas.)

ESCENA II

DICHAS y ANITA, deteniéndose en la puerta

Anita Ya estáis haciendo el bobo. Escena milésima de drama sentimental cotidiano (Se sienta en una silla con ademán nervioso. ¡Qué aburrimiento más grande! En esta casa no se puede estar.

Marg. (Se acerca a ella con cariño.) ¿Por qué, rica?

Anita Porque es imposible. A mí me ponen nerviosa esas tonterías, no puedo sufrirlas.

Marg. Por Dios, Anita, que ya no eres una niña.

Anita (Golpea en el suelo con el pie.) No tengo gana de sermones. ¿Vamos a salir hoy a comprar los zapatos?

Marg. (Bajo.) ¡Cállate, por el cielo!

Anita No quiero. ¿Es que voy a estar descalza? (Doña Remedios mira a sus hijas con amargura y oculta la cara entre las manos sin poder contener los sollozos.)

Marg. (Con tierno reproche.) Ves... (Dirigiéndose a su madre.) Mamá, ¿te pones mala?

Rem. (Levantándose.) No, hija mía, no. Es que espío mi culpa con la impotencia desoladora del que no puede conjurar la desgracia. Dejadme... (Se va por la derecha.) Dejadme llorar sola.

ESCENA III

DICHAS, menos DOÑA REMEDIOS. Luego LUISA.

Marg. (Tras breve pausa.) ¡Anita, qué cruel eres!

Luisa (Por la derecha.) ¿Qué le pasa a mamá?

Anita Tonterías que yo no me explico.

Marg. ¿Tonterías, eh? Realidades que os explicaré yo. (Cogiendo a Luisa del brazo la lleva junto a Anita.) Escúchadme bien. (Baja la voz.) Desde hoy terminaron vuestros lujos, vuestras necias locuras, que ni pueden ni tienen razón de ser. Esta casa, que ha sido mudo testigo de nuestra dicha, vamos a abandonarla por otra humilde, chiquita; una casita blanca y pobre apartada de este carnaval horrible que nos rodea, donde al santo fuego del hogar trabajemos todas unidas por el amor, para hacer llevadera una vida que ha ensombrecido el destino.

Anita ¡Trabajar! ¿Para qué vamos a trabajar?

Marg. Para comer.

Anita Pues qué ¿somos tan pobres?

Marg. Mucho: como que no tenemos mas que deudas.

Luisa ¿Y qué vamos a hacer?

Marg. Cada una lo que pueda; buena voluntad es lo que hace falta.

Anita Yo no sé hacer nada.

Marg. Ya aprenderás: querer es poder.

Luisa ¡Qué desgracia más grande!

Marg. No tan grande como tú te figuras; no parece sino que las mujeres hemos nacido tan solo para vivir a costa de los hombres. Y luego nos quejamos de que nos llamen inútiles. No seais tontas, que vamos a ser más felices de lo que suponeis; al menos, tendremos la satisfacción del deber cumplido.

Luisa Tienes razón, hermanita. Quien sabe.

Anita ¡Sí, una vida encantadora!

Marg. Iros a ver lo que hace mamá. (A Anita.) Y no se te ocurra alguna tontería.

Anita (Yéndose con Luisa por la derecha.) No, pues a mí, con franqueza, maldita la gracia que me hace trabajar.

ESCENA IV

MARGARITA. Se sienta, abatida

Marg. Realidad cruel.. Realidad impía, que te impones con fuerza incombatible, qué triste eres. (Se apaga de repente la luz. Entra la luna de lleno. Se levanta exaltada.) ¿Qué es esto...? (Con dolor.) ¿Tú también?, casualidad burlona. ¿Tú también quieres martirizarme con tus ardides, y despiadada juegas con este corazón que quiere olvidar? Hoy no había pensado en él; la desesperación había aletargado mi cerebro, y tú, bruja caprichosa, vienes con punzante sátira a despertarme. Surgid de las sombras, negros fantasmas de mi desdicha, venid a mí, y en un momento de caridad sublime, arrancadme la vida, ya que me arrebatásteis la del padre cariñoso a quien quería con locura, y el amor que él me juraba... su amor, que fué una mentira, un sueño pasajero... (Mirando a la luna como embargada por un recuerdo.) Sus versos, ¡qué bellos, qué bellos eran! (Recita sin darse cuenta.)

La luna es testigo
de un mundo que lucha
con saña implacable,
con loca ambición;
de los que fingiendo
juraron cariños,
de los que entre risas

de amargo contento
ocultaron dolor.
De los desvalidos
que tristes lloraron
sin pan ni cariño,
sin dicha ni amor;
de los que vivieron
sembrando desdichas,
de los que a la sombra
cruel del olvido
murieron de amor...
(Volviendo a la realidad.) Pero, Dios mío, ¿estoy loca? ¿Por qué les recuerdo si fué una farsa? Mentira su amor, mentira sus promesas; máscara satírica su poético sentimentalismo. . realidad abrumadora su olvido, su silencio... (Queda en actitud dolorosa apoyada sobre los cristales, mirando a la luna.)

ESCENA V

MARGARITA, DON JESUS y JUANA

Juana (Dando la luz.) Pase usted, don Jesús. Voy a avisar a las señoritas.

Jesús ¿Están en casa?

Marg. Hola, padrinito.

Juana ¿Pero estaba usted aquí? Perdone, señorita, no lo sabía; por eso apagué.

Marg. No apagó tu mano, apagó la de mi mala sombra.
(Mutis la Criada.)

Juana (Extrañado.) ¿Estabas a oscuras?

Marg. Las tinieblas son dulces compañeras del dolor.

Jesús (Se acerca y la mira.) Pero, ¿has llorado?

Marg. Sí, padrino; yo nací para llorar; las lágrimas son mi único consuelo.

Jesús Bienaventurapos los que lloran; dichosos los que huyendo de una luz mentida, de un mundo que ciega por sus repetidos engaños, busca la sombra para encontrarse a sí mismo, para vivir a solas con Dios y su conciencia. (Cogiendo una mano a Margarita.) ¡Pobre niña, que sufres hostigada por el rigor del infortunio!; pregunta a los mimados por la fortuna, a los dichosos de la tierra si son fe-

lices, y te dirán que no. La felicidad no existe tal como el hombre la sueña. En la vida todo es relativo, finito, limitado. La voluntad del ser más privilegiado no bastaría a calmar los deseos de su alma, que son ilimitados, infinitos; y así los hombres en continuo vaivén, se suceden luchando con facultades limitadas, hostigados por deseos infinitos. (Sentándose.) ¡Pobre humanidad, qué pequeña eres, qué desgraciada!

Marg. ¡Todos desgraciados! Entonces, ¿de qué sirve la riqueza y el talento?

Jesús De nada, porque no saben emplearlo. ¿Qué es la riqueza en manos de los hombres? Guadaña terrible que va segando a su paso vidas y horas; es el Dios que lo puede todo, ante cuyo trono de falso brillo se postra la justicia, el honor y la conciencia. ¡El talento...! Yo no sé cómo hay necios que de él blasonan, cuando no saben dominarse ni comprender que no saben nada. El hombre es un átomo perdido en la inmensidad de la tierra, pequeño, miserable; nace y no sabe por qué; cruza por la superficie de la vida y lejos de fecundizarla siendo caritativo y tolerante con sus semejantes, lejos de regenerarla legando a sus descendientes bases sólidas de fraternidad y amor, hace de ella horrible sima donde bulle en dominante efervescencia toda la lava de sus rastreras pasiones. ¡El hombre..! El hombre, Margarita, es el ser más perjudicial al hombre.

Marg. Qué ciegas somos; no sé por qué les queremos.

Jesús El amor es la poesía de la vida; las mujeres habeis nacido para sufrir, y como no hay grandes amores sin grandes sacrificios, amais la mayoría de las veces sin ser comprendidas.

Marg. (Con dolor.) Somos aún más ciegas que ellos. Ponemos nuestro corazón en manos impías que lo torturan y escarnecen.

Jesús Sois buenas; por eso no vivís prevenidas contra los malos. Dí, ¿hace mucho tiempo que no sabes de Ramón?

Marg. Padrino, por Dios, no me lo recuerde. Ese hombre ha muerto para mí.

Jesús ¿Y para tu corazón?

Marg. (Tras un esfuerzo.) También. Fué un sueño que logró alucinarme, pero al fin desperté, y la realidad me le hizo despreciar.

Jesús Margarita, ¿por qué pretendes engañarme, si como dijo el poeta: «Para un viejo una niña siempre tiene el pecho de cristal?» Tus labios pretenden reir cuando dicen que no le amas, y tus ojos lloran... el alma se asoma a ellos desmintiendo tus palabras. ¿Me crees tan mezquino como los demás hombres, que así te ocultas?

Marg. (Enjugándose las lágrimas.) No, padrino; es que no quiero recordarle; más de un año sin saber de él, bebiendo con las lágrimas de mi orfandad el acíbar de su olvido ¡Cuántas veces, aquí mismo, me dijo que me amaba... que me amaba con locura!

Jesús A cualquier cosa se llama amor. Sensibilerías tontas que afectan al presente sin que la voluntad las enfrene. El amor se remonta hacia regiones más altas y sublimes, menos pasajeras y tornadizas. Margarita, ese hombre no merece tu amor; olvidale.

Marg. (Con pena.) Se lo prometo. Tengo que pensar en algo que me interesa más que él. Padrino, voy a pedirle un consejo.

Jesús Los que quieras, hija. Es lo único que desgraciadamente puedo darte.

Juana (Apresurada.) Señorita: la señora se ha puesto enferma.

Marg. ¿Qué la pasa?... (Sale apresuradamente.)

ESCENA VI

DON JESUS y LA DONCELLA, que permanece en la puerta, luego se va ésta y entra LUISA

Jesús ¿Qué ha sucedido?

Juana No sé. Estuvo un señor hablando con ella y nada más marcharse se acostó. Fué la señorita Anita a hacerla compañía y la encontró desvanecida.

Jesús ¿Has avisado al médico?

Juana Sí, señor.

Jesús ¡Qué cosa más rara!

Juana (Con visibles ganas de hablar.) Y tan rara; como que esta es la casa de las rarezas. Señor, si no

fuese por la señorita Margarita, yo ya me había marchado.

Jesús ¿Pues cómo así?

Juana A ver qué remedio; trabajar mucho, comer poco y cobrar a trompicones, me parece que no es lo más agradable. (Se oye el timbre.) Me voy, señor; debe de ser el médico. (Vase).

Jesús (Moviendo la cabeza.) Para que haya nada callado en las casas con estos piquitos lindos. Nada, los criados de hoy son ventanas a la calle; dicen las cosas a todos menos a quien se las tienen que decir.

Luisa (Entrando.) Hola, don Jesús; me dijo Margarita que estaba usted aquí.

Jesús ¿Y tu mamá?

Luisa Yo no sé lo que la pasa; parece que está muerta.

Jesús No será nada. Ya verás cómo se la pasa en seguida.

Luisa Dios lo quiera. ¡Lo que es cuando la desgracia entra en una casa bien sabe apretár!

Jesús Sí, sí, aprieta; pero no siempre ahoga.

Luisa Mejor sería que ahogase. Para vivir así...

Jesús ¿Tan descontenta estás de la vida?

Luisa Hasta ahora no; pero en adelante... (Se acerca a él confidencial.) Diga usted, don Jesús. ¿Es verdad que somos tan pobres? Usted tiene que saberlo porque fué muy amigo de papá; Margarita dice que no podemos vivir en esta casa porque es muy cara; que tenemos que trabajar para comer...

ESCENA VII

DICHOS y MARGARITA, luego ANITA y EL DOCTOR

Marg. (Abatida. A Luisa.) Mamá te llama. (Se va Luisa. Margarita cae desfallecida sobre una silla.) Padrino...

Jesús (Se acerca a ella y la pone las manos sobre el hombro.) ¿Qué sucede, hija?

Marg. (Desesperada.) Mi madre. ¡Dios mío!... Mi madre se muere...

Jesús ¿Que se muere? Pero, Margarita, ¿sabes lo que dices?

Anita (Por la izquierda.) Pase usted, Doctor. (Este entra y saluda a don Jesús. Anita se dirige a su hermana.)

¿Por qué lloras? ¡Eres más aprensiva! Cuando menos creerás que se va a morir.

Marg. (Cogiéndola de las manos.) Anita, pide a Dios que así no sea; pídeselo, que a mí ya no me escucha.

Jesús (Que ha estado hablando con el Doctor.) Vaya por Dios. ¡Qué vida más tonta!

Marg. (Levantándose suplicante.) Doctor... por lo que más quiera no me oculte la verdad. ¿De qué sirve mentir cuando la realidad se impone con fuerza irrevocable?

Doctor Margarita, para Dios no hay nada imposible.

Marg. Y la ciencia, ¿no puede hacer nada?

Doctor La ciencia humana tiene sus límites; si fuese ilimitada, el hombre no perecería. Pero no hay que perder las esperanzas; el caso no es tan apurado.

Marg. ¡Esperanza!... ¡De esas flores misericordiosas de ilusión se alimentaba mi alma cuando me sonreía la dicha, y una a una han sido truncadas por el rudo aquilón de la vida. Esperanzas, ilusiones, cariño, amor: todo huyó, perdiéndose en el insondable misterio de la muerte... En la negra sima del olvido. ¿Qué quedó de todo? Nada... El corazón convertido en tumba de recuerdo... (Se deja caer desfallecida en una butaca, cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Dios mío, qué horrible es la vida!

(Anita llora fijada en la pared, donde don Jesús se enjuga una lágrima y el Doctor les contempla con estoico silencio.)

ESCENA VIII

DICHOS y LUISA

Luisa (Entra y se queda mirando a todos extrañada.) Margarita... (Se acerca a ella pausadamente.)

Marg. (Levantándose con exaltación.) Venid, pobres niñas. (Atrae a las dos hacia sí.) Huérfanas de cariño, desheredadas de la fortuna, olvidadas de ese mundo que meció vuestra infancia con mentidas lisonjas, ya no os queda nada: un colegio que os será dado por caridad, donde iréis a aumentar el número de seres

marcados por el doloroso sello de la orfandad, mientras yo vago por el mundo llorando vuestras desdichas...

Doctor (Interrumpiéndola.) Tranquilícese usted, Margarita. Yo creo que en manera alguna es el caso tan apurado; hasta creo muy fácil su curación.

Marg. Gracias, Doctor; hay mentiras piadosas que logran calmar la incertidumbre del corazón. Anita... Luisa... pedid a Dios que la salve y tome a cambio mi vida, única ofrenda que puede compensar, aunque débilmente, el amor sublime de madre... (Las confunde en estrecho abrazo.)

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un salón del Palace Hotel amueblado con refinada coquetería.

Al foro puerta al pasillo; a la derecha otra que comunica con las habitaciones de Aurora; a la izquierda, en el mismo término, la que da acceso a la de Aurorita. En el esquinazo de la derecha una meridiana con bonitos almohadones. El resto del mueble a capricho.

ESCENA PRIMERA

AURORA, tendida sobre la meridiana con elegante bata, lee una novela. Luego el DUQUE

Aurora (Tras breve pausa cierra el libro.) ¡Qué aburrimiento! No sé cómo hay mujeres que se pasan las horas leyendo sin acordarse de que existe el mundo. (Mientras ha ido hablando se habrá sentado con indolencia.) ¡A mí me da sueño la lectura! ¡Bah! Cualquiera se conforma con leer, pudiendo vivir; eso se queda para las viejas o para entretener los ratos de hastío; y yo ni aun eso puedo conseguir. ¡Cuántas veces he pensado: lo voy a pasar en Madrid!... Pues nada, me aburro durante todo el día como si estuviese en la aldea más insignificante. (Breve pausa.) ¡Y aquél sin escribirme! Creerá que voy a enfermar de aprensión. Está visto que la mayoría de los hombres son tontos o locos.

Duque (Tocando en la puerta con los nudillos.) Aurora.

Aurora Entra, papá.

Duque (Por el foro, vestido de etiqneta.) ¿Cómo te has levantado tan pronto?

Aurora Porque no podía dormir. Estoy nerviosísima.

Duque Efecto de que no tienes noticias, ¿eh?

Aurora No lo creas, papá; es que estoy muy aburrida.

Duque (Extrañado.) ¿En Madrid? Tantas ganas como tenías de venir, y ahora...

Aurora No sé qué atractivos tenga este gabinete para no aburrirse.

Duque Si hubieras ido con tu marido seguramente lo hubieses pasado mejor.

Aurora Pero si era imposible, papá. ¡Bonito estará aquello! Ya sabes que no puedo soportar las casas desarregladas.

Duque Si dijeras que no puedes soportar ninguna no habiendo reunión, dirías la verdad. ¿Y Aurorita?

Aurora Se está vistiendo. ¿Vas a salir?

Duque Sí; hasta las dos no volveré. Si viene alguna visita para mí, la recibes; a ver si desechas el malhumor.

ESCENA II

DICHOS y AURORITA. Luego ésta y su madre solas; después un CAMARERO

Aur. (Corriendo por la izquierda.) Buenos días, abuelito.

Duque Hola, pimpollo, y qué bonita que estás.

Aur. ¿Vas de paseo? Llévame contigo.

Duque No, monina, tienes que hacer compañía a mamá; además, voy de visita.

Aur. No se te olvide la caja de bombones.

Aurora ¡Qué golosa!

Duque No se me olvida, pierde cuidado. Hasta luego. (La besa.) No dejes sola a tu mamá.

Aur. No, abuelito; te lo prometo.

Duque Adiós. (Sale por el foro.)

Aurora Adiós, papá. (Se sienta y queda pensativa.)

Aur. (Después de desarreglar un ramo de flores que hay sobre el centro, coge el libro que ha dejado su madre.) Mamá, ¿qué libro es éste?

Aurora Hija, déjame en paz. ¡Qué niña más curiosa!

Aur. ¡También a mí me gusta saber!...

Aurora Y a mí me disgusta que seas impertinente. (Pausa.)

Aur. ¿Quieres que toquemos un poco el piano?

Aurora ¡Buenas ganas tengo yo de pianos y músicas!

Cam. ¿Se puede?

Aurora Sí,

Cam. (Presentándole una tarjeta.) Ahí espera una señora.

Aurora (La lee con alegría.) Que pase en seguida.

Cam. Bien, señora. (Sale.)

Aur. ¿Quién es, mamá?

Aurora Una amiga mía; vete con María.

Aur. Deja que me quede.

Aurora No seas terca, niña; haz favor de marcharte.

Aur. (Yéndose por la izquierda.) ¡Qué rabia, siempre metida en mi cuarto!...

ESCENA III

AURORA y la CONDESA ELENA

Aurora (Desde la puerta.) Querida condesa.

Cond. (Por el foro.) ¿Qué tal, Aurora?

Aurora Bien, ¿y tú?

Cond. ¿Y tu hija?

Aurora Hecha una señorita.

Cond. Tu marido, ¿no ha venido?

Aurora No; marchó a Nueva York. (Le ofrece una silla.) Siéntate.

Cond. ¿Cómo no fuiste con él?

Aurora (Sentándose frente a ella.) Ha ido de negocios. Murió hace unos meses nuestro administrador, y como hace bastante que no voy por allí, no puede estar aquello a mi gusto; por eso fué él antes a prepararlo todo.

Cond. ¿Vas a estar mucho tiempo?

Aurora Sí; vamos a instalarnos definitivamente. Es el sitio donde menos me aburro.

Cond. ¿Te aburres en Madrid?

Aurora Soberanamente; no puedo divertirme a mi gusto ni un momento.

Cond. Pues ¿cómo así?

Aurora Hija, hasta a largas distancias hacen sombra los maridos.

Cond. (Riendo). ¿Qué te ha pasado?

Aurora Verás: el otro día, en el té de la marquesa de Algas, se embromaron unos cuantos y empezaron a bailar; en esto, un caballero alto, moreno, de ojos fascinadores y figura arrogantísima, se acercó a mí ofreciéndome su brazo, que acepté encantada.

Cond. (Interrumpiéndola.) Os gustásteis mutuamente, ¿eh?

Aurora Verás. Abandonada en sus brzaos escuchaba con encanto un rosario de poéticos madrigales, cuando al pasar junto a mi padre, éste me miró con unos ojos que querían decir: ¡Si te viese tu marido!... Y mientras el caballero de los ojos negros me hacía la más apasionada declaración, un estremecimiento nervioso cruzó mi cuerpo, haciéndome volver a la fría realidad que de aquél me apartaba.

Cond. ¿No volviste a bailar con él?

Aurora Muchas veces; pero procurando no pasar por el lado de mi padre.

Cond. ¿Sabe que eres casada?

Aurora (Tras una carcajada.) Ahí está lo gracioso. Al día siguiente recibí un ramo de camelias rojas, entre las que venía una tarjeta sin firma, rebosante de amor hasta por las esquinas.

Cond. ¡Jesús, qué gracioso!

Aurora Sí, lo gracioso fué después. Cuando me quedé sola y leía por cuarta o quinta vez la apasionada y enigmática misiva, entró papá, y con una cara más grave que la de un inquisidor, me dijo: «Aurora, ya sabes que no me gustan locuras. ¿De quién es ese ramo?» Hija, yo no supe qué contestar, porque en realidad no sabía de quién eran. «Le mandé a comprar», pretexté al fin. Se acercó a mí y con mucha calma me cogió la tarjeta diciendo: «¿A ver? ¡Qué galantes son las floristas madrileñas para con sus parroquianos.»

Cond. ¿Pero la leyó?

Aurora Sí, hija, sí; sin dejar una letra.

Cond. Y tú, ¿qué hiciste?

Aurora ¿Qué iba a hacer? Que me diese un ataque de nervios.

Cond. (Riéndose.) ¿Te salió bien?

Aurora Admirablemente; como nunca. Al menos me evité el sermoncito paternal.

Cond. Eres tremenda.

Aurora Si no fuese por las locuras, la vida no merecería vivirse. ¿Te acuerdas del baile de trajes que dió la duquesa Blanca en Florencia?

Cond. Calla, hija; no me lo recuerdes.

Aurora ¿Por qué? Si fuimos las heroínas de la fiesta. Eso que yo no tenía ganas de juerga; fué al primer baile que asistí de viuda.

Cond. Y que hacías una viudita encantadora: como que debiste hacer aquella noche más de veinte conquistas.

Aurora ¿Y aquel rubio que te daba tanta lata?

Cond. Graciosísimo; siguió dándomela por espacio de más de un año.

Aurora ¿Y tú?

Cond. Nada; como que no iba conmigo.

Aurora ¡Cuánta virtud!

Cond. Sí, hija; ese es el disfraz favorito de las señoras.

Aurora ¿Es que no te gustaba?

Cond. No; te soy franca. (Se levanta.) Hablaremos de eso más despacio.

Aurora ¿Te vas?

Cond. Sí; es mala hora. Ya volveré o irás tú por mi casa.

Aurora Te prometo una tarde, con la condición de que haya confesión general.

Cond. Convenido, siempre que sea por ambas partes. Te aseguro que tengo una manga perdida.

Aurora Como a mí me gusta; las mangas estrechas son tan aborrecibles en los confesores como en los maridos. Di, ¿podrías proporcionarme una institutriz para Aurorita?

Cond. (Después de pensar un momento.) Sí, y como no la puedes soñar. Te voy a mandar a la que educaba a mi sobrinita. Es buenísima Hace cuatro meses que murió la niña, y mi hermana la quiere tanto, que no sabe deshacerse de ella.

Aurora ¿De buena familia?

Cond. Hija de un general.

Aurora ¡Pobre muchacha!

Cond. No tiene más defecto que el ser demasiado hermosa.

Aurora Tengo confianza en mi marido. ¿Me la mandarás pronto?

Cond. En seguida. Según pase por casa de mi hermana, le diré que venga. Adiós, querida Aurora.

Aurora Adiós, Elena; hasta muy pronto.

Cond. (Sale por el foro.) Hasta la noche; porque supongo que irás al Real.

Aurora (Desde la puerta.) Sí. (Haciendo un movimiento con la mano.) Adió... (Entra y se sienta.) Qué simpática es. (Cruzándose de brazos.) Y ahora, ¿qué hago yo?... Nada; aburrirme.

ESCENA IV

AURORA, el CAMARERO; en seguida el VIZCONDE DE SERANTES

Cam. ¿Se puede?

Aurora Adelante.

Cam. (Presntándola otra tarjeta.) Un caballero.

Aurora (Después de leerla.) ¿Le ha dicho que no está el señor Duque?

Cam. Me ordenó que la entregase a la señora.

Aurora ¿Está esperando?

Cam. Sí, señora.

Aurora Dígale que pase. (El Camarero sale.) Vaya, hoy no me dejan tiempo ni aun para aburrirme. (Lee la tarjeta.) «Vizconde de Serantes». De Serantes, de Serantes...; pues no le conozco.

Fer. (Deteniéndose a la puerta, que está abierta.) Señora...

Aurora Pase usted, caballero.

Fer. ¿Cómo está usted?

Aurora Bien, ¿y usted?

Fer. Bien, muchas gracias. (Aparte.) ¡Qué mujer más divina!

Aurora Siéntese, yo supongo que papá no tardará en venir.

Fer. Gracias, señora. ¿Molestaré a usted?

Aurora (Sentándose.) En manera alguna.

Fer. (Se sienta.) Con su permiso.

Aurora Todo lo contrario; hará usted una obra de caridad, acompañando a una solitaria.

Fer. Caridad encantadora, que ejercería hasta empobrecer. No dude usted que mi mayor

anhelo es lograr distraerla. Venía a hacer una visita a su padre en nombre del mío, que hace una temporada se halla enfermo.

Aurora ¿De gravedad?

Fer. Afortunadamente, no.

Aurora Me alegro.

Fer. Gracias. ¿Le gusta a usted Madrid?

Aurora A ratos: cuando me aburro.

Fer. Sí, cuando no se acuerda de su marido!

Aurora No lo crea usted: es que no puedo estar sola.

Fer. Porque está acostumbrada a estar con él. Debe ser el hombre más feliz del mundo.

Aurora No sé por qué.

Fer. Porque posee la joya más bonita que he conocido.

Aurora (Con coquetería.) ¿En mí?

Fer. Claro.

Aurora La mujer, como toda joya, es más apreciada por los que no la poseen que por su dueño.

Fer. Porque hay dueños ciegos, que no ven lo que tienen.

Aurora O porque es suya, y como dice el adagio; «El sol de casa no calienta».

Fer. Hay soles a los que no se puede mirar sin cegar. ¿Va a estar usted mucho tiempo en Madrid?

Aurora No, dentro de unos quince días marcharemos a Nueva York.

Fer. ¡Qué pena!

Aurora ¿Por qué?

Fer. Porque no tendré la dicha de verla.

Aurora Buen remedio; váyase usted. ¿No ha estado nunca?

Fer. No: es un viaje que he tenido muchas veces proyectado.

Aurora ¡Oh! Pues es hermoso; es el país de mis sueños.

Fer. ¿Nació usted allí?

Aurora No; yo nací en España; mi primer marido...

Fer. De manera que este es el segundo.

Aurora Sí.

Fer. Perdone, si la ruego que cuando necesite el tercero se acuerde de mí.

Aurora Dios no lo quiera.

Fer. Quién sabe si me escuchará más que a usted: créame, que se lo pido de todo corazón.

Aurora ¡Ah! ¿Pero tienen los hombres corazón?

Fer. Ignoro si le tendrán los demás; yo no sé más que el mío es muy grande, inmenso.

Aurora (Con sorna.) ¡Jesús! Qué peso más enorme. Diga, ¿y cuantas veces se ha enamorado ese fenómeno?

Fer. Hasta hoy no latió a impulso de nadie: lo reservo intacto para una.

Aurora Por Dios, caballero; tendrá usted que ponerle en un tren de mercancías, porque para una sola mujer, me parece demasiado corazón.

Fer. Es usted encantadora. Y si la mujer a quien adoro, fuese para mí un imposible?...

Aurora Pues hijo, conformarse y añadir a la inmensidad del corazón la inmensidad del imposible.

Fer. (Suspirando.) ¡Qué bien se dicen esas cosas!

Aurora ¡A que me hace creer que ama un imposible!

Fer. Y no se equivocaría usted. Señora, perdone a mis labios la tentación de hablar. (Con pasión.) No es amor, es locura lo que yo siento.

Aur. (Corriendo por la izquierda.) ¡Mamá! (Se corta al ver a un desconocido.) ¿No ha venido el abuelito?

Fer. (Aparte.) Demontre de chiquilla, qué importuna ha sido.

Aurora No; ¿qué quieres?

Aur. (Avergonzada.) Nada, mamá, saberlo.

Aurora (Se levanta y besa a la niña.) Vete con María, que ya te avisaré cuando venga. (La chiquilla se va refunfuñando. Aurora, aparte.) Luego dicen que los chiquillos no son oportunos. (Se sienta.)

Fer. ¡Qué niña más encantadora, parece su hermana!

Aurora Pues no tiene más que diez y seis años.

Fer. Está hermosísima.

Aurora Sí; representa más edad.

Fer. (Levantándose.) Con su permiso me retiro.

Aurora ¿Sin ver a mi papá?

Fer. Volveré mañana. Señora, a los piés de usted.

Aurora (Dándole la mano.) Adiós, caballero; beso a usted la mano. (Yendo por la puerta.) Que se mejore su padre.

Fer. Gracias; dé recuerdos al suyo. (Sale.)

ESCENA V

VURORA, luego MARGARITA; al final AURORA, sola

Aurora (Tras una larga sonrisa.) Qué chiquilla; a pesar de su oportunidad no sé lo que la haría. Cuando se iba a lanzar el pobre, vino a interrumpir su declaración. ¡Con lo que me gusta hacerles rabiar! Está visto que Madrid no puedo divertirme a mi gusto. (Breve pausa) ¡Si lo supiera papá!... ¿Pero, señor, y qué particular tiene? Si yo no busco más que pasar bien el rato, sin ir más allá. Nada; que a las mujeres no nos dejan ni aun vivir a gusto.

Cam. (Desde la puerta.) Señora.

Aurora Qué, ¿otra visita?

Cam. Una señorita que desea hablar con usted.

Aurora Dígala que pase. (El Camarero se aleja.) ¿Si será la institutriz?

Cam. Pase usted, señorita.

Marg. (Con traje a cuadros blancos y negros y sombrero negro.) ¿Cómo está usted, señora?

Aurora Bien, ¿y usted?

Marg. Bien, gracias a Dios.

Aurora (Señalándola una silla.) Siéntese.

Marg. Gracias, señora; no es la hora más a propósito. A no ser por la Condesa Elena hubiese dejado mi visita para otra hora mejor.

Aurora No le importe; es lo mismo. ¿Le ha dicho la Condesa que necesito una institutriz?

Marg. Sí, señora.

Aurora Es para venir fuera de España.

Marg. (Con pena) Me es indiferente.

Aurora ¿No tiene familia?

Marg. Mamá y dos hermanas: la menor está en el Colegio de huérfanos: la otra estudia para maestra.

Aurora ¿Y no siente dejarlas?

Marg. Señora, mi corazón ha sufrido tanto que ya no le quedan fuerzas ni aun para sentir.

Aurora ¿Tan desgraciada ha sido usted?

Marg. ¡Desgraciada!... Es una palabra demasiado débil; mi infortunio no tiene nombre.

Aurora ¡Pobre!... Tan joven.

Marg. (Levantándose.) Señora, es tarde y ya volveré por aquí.

Aurora (La acompaña hasta la puerta.) Puede venir desde hoy mismo si quiere.

Marg. Gracias, señora; vendré mañana. Adiós.

Aurora Adiós. (Tras breve pausa.) ¡Qué aire más distinguido!... ¡Qué hermosa es! (Se sienta y queda un momento ensimismada.) Yo no sé qué efecto me ha causado esa cara de ángel marcada con el sello del infortunio. ¿Temor? ¿Remordimiento?... No sé. Sus ojos, en los que se refiejaba la grandeza de su alma me han mirado con amargura infinita, y al sentir su mirada, una voz misteriosa pareció decirme: Mujer caprichosa, que no puedes sufrir un momento de soledad, aprende de esta criatura, que con la sonrisa en los labios, cruza la senda de la vida, cargada de amargura, de sufrimiento... de dolores. (Vuelve a ensimismarse.)

(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Un jardín encantador de New-York, perteneciente a un soberbio palacio, que apenas se verá entre la fronda. En el centro una plazoleta a la que dan dos paseos: uno al frente hacia la derecha y otro al lado derecho. Al fondo una estatua con surtidor; dos o tres hamacas colgadas de los árboles y algunas mecedoras de palma. La escena estará alumbrada con luces ocultas entre el ramaje, presentando un aspecto misterioso y fantástico; se oye el murmullo de los surtidores.

ESCENA PRIMERA

AURORA; luego el DUQUE

Aurora (A la izquierda, tendida sobre una hamaca, con los ojos ligeramente cerrados; tras breve pausa los abre con negligencia.) ¡Qué fastidio! Quince días que llegamos y él sin venir. No, pues yo no dejo de ir mañana al baile de la Princesa; si se enfada papá, que se enfade; no voy a ser víctima de todos. Seguramente no querrá acompañarme. Bueno; pues iré con Alfredo de Morlán y su hermana. (Pausa.) ¡Jesús, qué desesperación! Parece que he nacido para vivir entre raros. (Queda en silencio, malhumorada.)

Duque (Por la derecha.) ¡Qué noche más deliciosa!

Aurora Para ti todas lo son, raro solitario.

Duque (Dándose cuenta.) Pero, ¿estás ahí?

Aurora No sé dónde quieres que esté. Como no haga lo que tú, andar por el parque contemplando la luna y los árboles. ¡Bah!; en

el mundo hay algo mejor que la soledad; yo me aburro soberanamente.

Duque (Sentándose junto a ella.) Y, ¿cuándo no te aburres? Aurora, las mujeres que poseen una fortuna como la tuya, no deben aburrirse nunca; habiendo tantos desgraciados en la vida.

Aurora Y tantos salones donde lucirse.

Duque No, hija mía; donde engañarse.

Aurora (Contrariada.) ¡Jesús, qué rabia! Ya empezamos con esas discusiones tontas, que tanto me irritan. No parece sino que os habéis propuesto desesperarme con vuestras rarezas.

Duque Vaya, no disimules; por lo que tú estás enfadada es porque no ha venido tu marido.

Aurora No, señor; es que me fastidian vuestros sermones. El callando y tú hablando, sois dos estafermos dominados por el achaque de la rareza y la preocupación.

Duque Y tú, una niña caprichosa sin dos dedos de sentido.

Aurora ¿Te lo ha dicho él?

Duque No: él... como tú dices, no me ha dicho nada; soy yo el que comprendo que no puede ser feliz.

Aurora (Con despecho.) Pues entonces, estamos los dos lo mismo.

Duque (Extrañado.) ¿Qué?

Aurora Nada, papá; que yo tampoco lo soy. Su carácter serio, apático, no es mi ideal. Como que si le valiera, me tendría siempre en casa para que ni aún el sol me viese.

Duque Eso demuestra lo mucho que te quiere. Además, es un hombre que pudiéndose imponer por su talento, es víctima de tus caprichos.

Aurora ¿Imponerse?... Hasta ahí podíamos llegar.

Duque Un poco más allá llegan muchos maridos.

Aurora Con quien se lo consienta.

Duque Por lo regular, con las buenas.

Aurora Vaya una manera de decir que yo no lo soy.

Duque Tú, más que mala, eres mal acostumbrada.

Aurora Porque miro la vida de distinta manera que vosotros.

Duque A través de un cristal ilusorio.

Aurora Déjate de filosofar. ¿No decís que mi marido tiene talento?

Duque Mas del que para ser tu marido necesita.

Aurora Pues, de poco le sirve... Yo quiero que me exhiba con orgullo; que su talento se remonte como el águila, y ganando honores y aplausos, conquiste la gloria... los laureles del triunfo. ¿Para qué quiere el talento, si no le da ni aun fama?

Duque La gloria... el triunfo; todo es mentira, polvo vano que con sus falsos destellos sugestiona a la humanidad. Cada timbre de gloria que conquista el hombre, le cuesta una infinidad de desengaños y torturas; los laureles que coronan su frente, simbolizan toda una vida de lucha con el favoritismo y la injusticia... y créeme, hija mía, que la mayoría de las veces no valen lo que cuestan: son la tumba donde yacen inertes las ilusiones.

Aurora (Casi convencida.) Bueno, papá; cada uno tiene su manera de ser: la mía es muy distinta de la vuestra. ¿Quieres que demos un paseo?

Duque Sí, hija, sí; estoy a tu disposición.

Aurora (Cogiéndose del brazo de su padre.) ¿Ves cómo no puedes reñir conmigo? (Se alejan hablando por el paseo de enfrente.)

ESCENA II

AURORITA y MARGARITA, por el paseo de la derecha

Aur. Ya no quiero jugar más. Ahora, cuéntame un cuento. (Se sienta en una mecedora.)

Marg. Si ya no sé más, rica.

Aur. No sea mentirosa, que no le voy a querer. (La mira con curiosidad.) ¿Está enfadada? ¿Por qué está tan triste?

Marg. No, nena, no estoy triste: es así mi carácter.

Aur. (Con pena.) Todos tienen el carácter triste en esta casa. El abuelito me quiere mucho, pero está triste; mamá, desde que se casó me quiere menos, y como tiene ese marido tan serio, también se ha vuelto triste; no está alegre más que con sus amigos.

Marg. (Acariciándola.) Son aprensiones tuyas. Di, ¿te quiere mucho papá?

Aur. No; sino es mi papá: solo es marido de mamá.

Marg. (Al ir a hacer una pregunta se detiene. Aparte, sonriendo con amargura.) ¡Qué idea! No, vale más no saber. (A la niña.) Pero te querrá y tú a él.

Aur. El dice que me quiere y me compra muchas cosas; pero la abuelita, dice que me ha robado el cariño de mamá, que es un intruso.

Marg. ¿Qué abuelita es esa?

Aur. La madre de papá, que vive en un palacio muy bonito: le llaman el palacio blanco. ¿No le ha visto? Yo, hace mucho que no voy, no me deja mamá.

Marg. Hace bien; las niñas no pueden ir donde las dicen lo que no deben. Además, las niñas buenas quieren a todo el mundo.

Aur. Si yo quiero a todos menos a él.

Marg. (Seria.) ¡Señorita!... yo no puedo querer a quien es mala. Usted debe querer a su papá más que a nadie.

Aur. (Con pena.) Por Dios, no me hable así. No ve que no es mi papá.

Marg. (Vencida,) Bueno, pues razón doble para que le quieras más. ¿Quién sabe si serás tú la causa de que todos estén tristes? La mamá tiene que sufrir viendo que no le quieres; y él tiene que estar triste al notar que no es querido.

Aur. (Tras breve reflexión.) ¿Y se pondrán todos alegres si yo le quiero?

Marg. Sí, rica, sí; además, yo te querré mucho si eres buena; de lo contrario, me iré otra vez a España.

Aur. No; ¿verdad que no? Ya verá como le quiero. Cuando venga, le voy a dar muchos besos, muchos... Eso que mamá va a reñirle; está muy enfadada.

Marg. ¡Qué va a estar enfadada, niña!

Aur. Sí, está, sí; pero él no tiene la culpa, la tiene mamá, que quiso venir sin decirle nada; y ya ve, cuando llegamos, no estaba aquí. (Viendo venir a su abuelo por la derecha, corre hacia él.) Abuelito...

ESCENA III

DICHAS y el DUQUE

Duque No corras así, que te vas a caer.
Aur. Di, ¿va a venir pronto papá?
Duque Sí, rica. ¿Tienes ganas de verle?
Aur. Muchas. Es muy guapo, ¿verdad? Y me quiere mucho.
Duque Más de lo que debía, porque no se lo agradeces.
Aur. (Con mimo.) Ya no vas a reñirme, abuelito. Desde hoy, le voy a querer más que a nadie.
Duque Así, Aurorita; así te quiero yo. ¿No sabes quién ha venido?
Aur. ¿Quién?
Duque Alfredo. Te trae un regalo; se lo ha dado Susana para ti.
Aur. (Con alegría.) ¿Dónde ésta?
Duque Con mamá en el paseo de palmeras: corre a por él.
Aur. (Se aleja batiendo palmas.) ¡Ay qué gusto!

ESCENA IV

El DUQUE y MARGARITA

Duque Pero, ¿qué ha hecho usted con esta niña, que está tan cambiada?
Marg. Nada, señor Duque; lo poco que está a mi alcance. Aurorita, es una niña muy buena.
Duque Desde que está con usted.
Marg. Gracias, señor. (Queda pensativa.)
Duque ¿Por qué no se sienta? (Mientras se sienta la mira con insistencia.) ¿La ha pasado algo, que está tan triste, o es que se acuerda de su familia?
Marg. Sí; es por lo único que siento haber dejado España, por mi madre y mis hermanas, por lo demás, no... he sido allí muy desgraciada.
Duque ¿Hace mucho que quedó usted huerfana?
Marg. Cinco años; cinco siglos de calvario
Duque ¿Tanto ha sufrido?
Marg. (Suspirando.) Mucho, señor. Cuando murió papá, que era general de brigada y descen-

diente de noble familia, estábamos acostumbrados a vivir con un lujo que después nos ha sido imposible soportar. Mi mamá, no quiso que mis hermanas fuesen al colegio de huérfanos por no vivir sin ellas, hasta que llegó un momento en que la vida se hacía imposible por ser la pensión muy corta. Mi hermana menor tuvo que ingresar en el colegio; y yo, siendo la mayor, me creí obligada a ayudarlas en lo que pudiera...

Duque (Conmovido.) ¡Qué buena es usted, Margarita! Yo le aseguro que no le pesará haber abandonado España.

Marg. Señor Duque, en ella todo me recordaba mi antigua dicha, mi presente infortunio. Era necesario huir... huir de aquella sociedad cruel que me miraba con indiferencia y desdén como si nunca me hubiese conocido. ¡Cuánto me han hecho sufrir!

Duque ¡Pobre niña! Era usted digna de mejor suerte.

Marg. Al menos de más caridad; pero esa virtud ha desaparecido de la tierra para dar paso al egoísmo.

Aurora (Desde el fondo del jardín.) Margarita...

Marg. (Levantándose.) Me llama la señora. Hasta luego. (Se va por la derecha.)

Duque (Mirándola con interés.) Preciosa criatura y de gran inteligencia. Tiene una manera de hablar que sugestiona. ¡Si fuese así mi hija...! Voy a ver qué hacen. (Se va por la derecha.)

ESCENA V

Tras breve momento en que la escena aparece sola, viene RAMÓN por el paseo del frente en traje de viaje

Ram. (Mirando por todos los sitios.) Pero, ¿les habrá tragado la tierra, o se habrán engañado los criados creyendo que estaban aquí? (Se sienta.) Bueno, pues ya vendrán, me canso de buscarles. (Saca un cigarro y se pone a fumar.) Estará Aurora, que no habrá por donde cogerla. ¡Qué mujer más caprichosa y más tirana! (Breve pausa en la que fuma pensativo.) ¡Qué necios somos los hombres! Pasamos junto a la felicidad sin rendirla tributo; sin apreciarla

porque se nos ofrece en un corazón sencillo que no nos sugestiona con mentidos caprichos. Y sin fijarnos que truncamos una vida; huimos de ella, labrando nuestro infortunio, que es castigo de nuestro insensato proceder. (Queda ensimismado.)

ESCENA VI

RAMON y AURORITA

Aur. (Corriendo por la derecha.) Abuelito...

Ramón (Levantándose.) Aurorita... rica.

Aur. (Se abraza a él.) Hola, papaíto. Si te has vuelto más guapo... Si vieras lo que te voy a querer. Como a mamá, o más.

Ramón Gracias, hijita; yo también te quiero a ti mucho. ¿Y mamá y el abuelito?

Aur. La mamá marchó a casa con Alfredo; el abuelito estaba aquí; me mandó mamá a buscarle.

Ramón Di: ¿está la mamita muy enfadada?

Aur. Cuando no está con sus amigos se pone de muy mal humor; pero ahora, como está con Morlán, está muy contenta.

Ramón (Aparte.) Los niños y los locos.. (A la niña) Vamos a buscarles.

Aur. (Colgándose de su brazo.) Vamos; y si se enfada, no seas tonto, no te pongas triste. Ya te quiero yo, ¿verdad?

Ramón (Alejándose por el paseo del frente extrañado del cambio de la niña.) Pero, Aurorita, ¿te han enseñado a querer en España?
(Se alejan hablando.)

ESCENA VII

AURORA y MORLAN. Llegan tras breves momentos, por la derecha, riendo alegremente

Aurora Es usted graciosísimo. Ni al mismo diablo se le ocurre semejante cosa.

Alf. ¿No le parece a usted fácil?

Aurora (Sentándose.) Facilísimo. (Con sorna.) Pero habría que contar con el permiso de mi marido.

Alf. Es usted la guasona más encantadora que conozco.

Aurora Y usted el sátiro más aprovechado que existe.

Alf. ¿Pero hay algo más sugestivo que la fruta prohibida?

Aurora (Con un mohin gracioso.) Alfredito, que me enfado. Voy a creer se burla de mí diciendo lo que está muy lejos de sentir.

Alf. No, Aurora; por mucho que la diga, no diré jamás la inmensidad de lo que siento.

Aurora ¿Y por la condesita?

Alf. (Con un movimiento de hombros.) Aquello pasó a la historia.

Aurora Sí, como pasa todo lo que a fuerza de gustarlo cansa.

Alf. Tenía pocos encantos.

Aurora No pensó usted siempre lo mismo.

Alf. No me gustan las mujeres que se pintan.

Aurora ¿Y no se dió usted cuenta de ello hasta ahora? Las que no le gustan después... son las que gustó antes. Nada, que los hombres son ustedes más variables que el tiempo.

Alf. ¿Sirve con ustedes de algo la constancia?

Aurora Ya lo creo. La inconstancia demuestra poco amor y es causa de que muchas cosas no se consigan.

Alf. ¿Sí? Pues yo le juro que si es así, mi constancia no desfallecerá hasta haber conseguido lo que más ansío.

Aurora (Aparte.) Tarde va a ser. (A Alfredo.) ¿Va al baile de la Princesa?

Alf. Sí, ¿y usted?

Aurora No sé; como no está mi marido.

Alf. Puede ir con su papá.

Aurora Le gustan ya poco esas cosas.

Alf. Véngase con mi hermana y conmigo.

Aurora Ya veremos.

Alf. ¿Va usted a privarnos de su encantadora presencia?

Aurora Más lo siento yo.

Alf. En usted está el remedio; yo no le veo particular ninguno.

Aurora No diría usted lo mismo si supiera bien lo raros que son en mi casa.

Alf. Pero, ¿va usted a ser víctima de las manías de un padre viejo y de los caprichos de un marido egoísta? No hay derecho a tanto.

Aurora Tiene usted razón; decididamente voy.
(Margarita viene por la derecha; al verles se oculta entre un macizo de boj.)

Alf. Me alegro; de lo contrario, yo no hubiese ido.

Aurora (Levantándose.) No lo creo. ¿Vamos a casa?

Alf. Como guste. Pero, diga, ¿por qué no me cree? (La ofrece el brazo.)

Aurora (Aceptándole.) Porque de labios acostumbrados a mentir debe dudarse hasta de la verdad.

Alf. Pues yo nunca miento menos que cuando estoy a su lado.
(Se alejan hablando.)

ESCENA VIII

MARGARITA, sola

(Mirándoles cómo se alejan.) ¡Máscaras de la vida!... ¡Qué ciegas vivís en brazos de vuestros propios engaños! (Permanece un momento como abstraída por un pensamiento.) Siempre sonríe la felicidad a quien no sabe apreciarla; a hombres que la pisan, a mujeres que la ahuyentan con locas coqueterías. (Por Aurora.) Esa mujer podía ser feliz, y ni lo es ella, ni lo son quizás por su culpa los seres que la rodean. ¡Felicidad! Rosado fantasma de ventura y dicha; cuántos te aman y qué pocos te poseen. (Mirando en torno suyo al jardín, cuyas luces combinadas con la luz de la luna le dan un aspecto fantástico. El agua de los surtidores murmura mansamente.) Hermosa noche; de cuántas risas mentidas y de cuántas lágrimas ocultas eres testigo mudo. Claro de luna que poetizas la tierra, cuántas amarguras traes con tus rayos a mi corazón, en el que despiertan los recuerdos. Patria querida, que te adormeces bajo los besos del sol tras la movible llanura del oceano inmenso; tu recuerdo santo vive en mí unido al recuerdo de los míos; España, España, siento tu nostalgia, aunque fuí muy desgraciada en tu seno. (Queda meditabunda. En este momento se apagan las luces. La luna da de lleno sobre ella. Se enjuga una lágrima, levantándose con dolorosa deses-

peración.) Pero... soy aquí más feliz. ¿No me persigue el destino con saña impía? ¿No se complace la casualidad en avivar mis recuerdos? Mil veces estuve tentada de preguntar por él al Duque, y otras mil huyó su nombre de mis labios entre una adélfica sonrisa. ¡De qué me sirvió no preguntar por no recordarle, por no apurar la amargura de saber, si hasta las aves cuando cantan parecen decir su nombre... (Tras breve pausa con voz embargada por las lágrimas.) Luz que huyes traidora ante la luz de la luna; fronda poética que murmuras en armoniosa y rítmica melodía... ¡cuántos recuerdos traes a mi alma! (Se sienta ocultando las cabeza entre las manos.)

ESCENA IX

MARGARITA y RAMON que llega por el paseo del frente, mientras la luna se oculta entre nubes. El teatro casi a oscuras

Ramón Pues tampoco están aquí. (Al ver a Margarita, que con el rostro oculto no se da cuenta de nada.) ¡Aurora!...

Marg. (Le levanta como impulsada por una corriente eléctrica.) ¡Qué!... ¡Fué ilusión!

Ramón (En la oscuridad se acerca a ella y la coge la mano.) Auro... (En este momento aparece la luna. Retrocede con estupor.) ¡Margot!...

Marg. (Desfallecida sobre la mecedora.) ¡El!... ¡Dios mío!...

Ramón (Creyéndola una sombra, se acerca a ella.) Dulce visión bañada por la luz de la luna, ¿por qué me sigue tu sombra?

Marg. (Desconcertada.) Aurora, sí; dijo Aurora. (A él, con ansiedad.) Esa mujer. .

Ramón Sí, es la mía; mi castigo.

Marg. No tanta farsa. Cuadra muy mal esa máscara ridícula en un hombre a quien han caracterizado sus acciones.

Ramón Pero, ¿eres tú? ¿Eres tú? ¿No es tu imagen querida que desvela mis sueños?

Marg. Sí; yo soy, perjuro. ¿No me ves?

Ramón Te veo, sí; te veo cada vez más hermosa. Perdóname, Margot. Fué un momento de olvido, del que me arrepentiré toda mi vida.

Yo te juro que hoy, como antes, como siempre, te amo... te adoro, Margot.

Marg. (Levantándose. Con dignidad.) Caballero, soy para vos la señorita Alfáñez, institutriz de vuestra hija.

Ramón ¡Institutriz de la hija de mi mujer! ¡Hasta dónde hemos llegado! No; no los serás más. Eres mi vida, mi alegría.

Marg. Poco va a duraros. En esta casa sobró desde este momento; quiera Dios que no volvamos a encontrarnos.

Ramón (Enloquecido.) Te seguiré como la sombra al cuerpo.

Marg. Vano empeño; ocupaos de vuestra esposa y ganaréis más

Ramón (Cayendo aniquilado sobre una mecedora.) ¡Qué cruel eres, Margot!...

Marg. (Se acerca a él lentamente.) ¡Cruel!... ¿Cruel me llamáis vos, que truncásteis mi vida? ¿Qué se hizo de un joven que sentándome sobre sus rodillas me acariciaba con santo embeleso? ¿Qué se hizo de un hombre que me juró amor eterno?

Ramón ¡Calla, por Dios!...

Marg. (Impasible.) Todas aquellas caricias, aquellos juramentos, fueron mentiras vanas que creyó mi corazón de niña. (Acercándose hasta casi tocar su cara.) ¿No os acordais de una noche clara y silenciosa como ésta, en que hizo la casualidad, como hoy, que sin luz ni testigos quedásemos juntos a la luz de la luna? ¿No recordáis aquellos versos vertidos en mi oído con voz enamorada y dulce, mientras que vuestras manos, unidas a las mías, temblaban de amor y dicha?

Ramón (Con pena.) Sí; lo recuerdo con dulce embeleso... con horrible amargura...

Marg. Pues bien, aquello murió por vuestra culpa, y con ello deben enterrarse los recuerdos.

Ramón (Se levanta enloquecido pretendiendo coger sus manos.) Y ¿por qué, si aún podemos ser felices?

Marg. (Esquivando sus manos con orgullo.) ¡Felices!... Como si a costa del mal pudiera comprarse la felicidad. Adiós, caballero, os perdono esa nueva ofensa. Si para ser vuestra mujer fuí demasiado poco, para ser vuestra aman-

te tendría que rebajarme mucho. Los locos voluntarios, tarde o pronto, pagan sus locuras. Vivid feliz al lado de los vuestros mientras yo vago por el mundo impulsada por la ingrata mano del destino, mintiendo sonrisas a la luz del sol... vertiendo amargas lágrimas en la dulce calma de la noche, a la luz de la luna...

Ramón (Desesperado oculta el rostro entre las manos.) ¿Por qué volví a encontrarte, Margot?

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

3 0112 117469871

Precio: DOS pesetas